

Perfiles de Monterrey

Guillermo Berrones

Monterrey tiene una T como símbolo divino que se alza entre montañas y sierras más allá de la esterilidad desértica de aridoamérica. Ciertamente un oasis paradisiaco en el noreste de México. Y si en el paraíso bíblico fue imposible a los deseos de la carne y a las bondades de la pasión, los adanes y las evas de esta ciudad metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey estamos eximidos de impuestos pecatoriales.

Nuestra ciudad no cuenta con un pasado de pirámides y dioses de granito. No tuvimos serpientes emplumadas ni códigos lingüísticos cargados de espantosas X. Los pocos nativos, bravos y cerreros, perecieron ensartados en las lanzas españolas o despanzurrados por el filo oxidado de las espadas de los robotines gallegos y andaluces. A nosotros no nos alcanzó la maldición de la Malinche. Somos de ascendencia ibérica. Somos puros. Puros cabrones que nos la hemos pasado haciendo billetes a costa del que se deje explotar, creando emporios cerveceros, del vidrio y acereros para formar la nueva burguesía regia. Y ya no le sigo por no semejarle al otro extremo del hilo: al de los caudillos rojos de la clase trabajadora.

Ese es el origen de nuestro Monterrey de las montañas, de las fálicas chimeneas que escupen gargajos de hollín al cielo y nos vuelven a caer en la cara. Es la ciudad que abre impúdica sus bragas al vecino del norte para que nos entre el TLC. Aquí

perdió su vieja don Diego ante Alberto del Canto. Es la metrópoli que coge, recoge y acoge a todo aquel que quiera venirse en ella.

Soy poco afecto a los dinosaurios. Pero un día, uno de ellos tuvo un rato de lucidez y de colmillo, me parece que era algo así como un *velociraptor politicus erectus*, abrió su hocico para sentenciar que Monterrey era una ciudad enana, chata y en calzones, contradiciendo a Alfonso Reyes que alguna vez la señaló como un obrero en mangas de camisa. En esa ocasión coincidí con ese alfonsino ejemplar del Jurassic Park. Y creo que seguimos siendo chatos aunque resollemos bien. Somos todavía una ciudad enlatada, en conserva, *made in export*. Nos asusta el fantasma de la moral y vivimos con el Jesús en la boca y no precisamente porque ahora vivamos a puro PAN. De día hacemos por la vida sellando puertas de cantina, impugnando bares de bikini open, clausurando cines de películas porno, encerrando maricones y censurándole las minifaldas a las edecanes de los servir. Y de noche. Ay, bendita noche, por fin llegas con la belleza de tus luces y la magia de tus misterios. Saltamos a la calle catapultados por la fiera energía del deseo para ser felices. Las marquesas en sus marqueses buscan el farol roto de una calle cualquiera. Vestidas y alborotadas se la pasan rondando tu esquina. Y nos bebemos las horas de la noche en los sagrados recintos de música y baile liberados de la etiqueta de funcionarios, curas o maestros. Jineteamos en nuestras propias fantasías hasta caer exhaustos por la mañana y despertamos aguijoneados por este sol de Monterrey que nos beatifica y volvemos a las andadas moralizantes, a enlatarnos para conservar la pureza lavando nuestras culpas en el río de la censura. Ese es el Monterrey nuestro que se debate en el lúdico placer de las palabras con su picardía norteña que desde el meritito norte agita su mano cardenalicia: «Hermosa república mexicana: desde el Cerro de la Sida, Montegay te saluda».

Mercado nocturno

No es el barrio chino de San Francisco. Pudiera parecer una calle de Hong Kong. Wall Street se estemecería si la comparamos con lo que en un tiempo significó la calle Carlos Salazar en el centro de Monterrey. De Doctor Coss a Juárez la noche sodomizó a los transeúntes. Elegantes y sexys, las locas conquistaron la mirada de los trasnochados, de los bugas, los bebedores del insomnio. Nalgas al aire ofreciendo la fuerza de los placeres anales. Atrofiadas virilidades escondidas en el refajo de una tanga de playboy. Esfinges descubriendo sus secretos al amparo de las sombras. Belleza petrificada en el dintel de las casonas antiguas. Hombres maquillados buscando el pan de cada día en el ejercicio contranatura. Hombres muy hombres cazando el pecado. La calle es una caravana de vehículos rodando silenciosos muy por abajo del límite permitido de velocidad. Sin bocinazos ni cerrones. La tolerancia rige. A la llegada de las sirenas y las torretas centellantes volaron las palomas. Acaso mensajeras del apocalipsis. Acaso crisálidas mimetizadas por la luna. Se vaciaron las cuadras. Las puertas se cerraron y el barrio se volvió más antiguo. Los carros volvieron a correr veloces. Ahora vagan dispersas en la ciudad. Rondando las esquinas. Están por todas partes sacando la semilla de los hombres. Y cobran. Cincuenta oral y cien completo.

Adiós al Acapulco

Luces de colores. Ambiente de cumbia caliente. Aroma de encierro mezclado con el perfume barato de las mujeres. La pista es un patinadero de escupitajos espesos. Servicio las veinticuatro horas del día. Los mirones son de palo, pero no estorban. Ven. Miradas de rimel te llaman a guiños. Carne joven envuelta en bikinis tornasolados de playa. Camisones transparentes colgados en la pared. Zapatillas de cristal, de ante y de

chaquira. Princesas, ángeles y hadas rasuradas del pubis y con el calzón hundido en sus nalgas. Grupos haciendo el meneito bajo una falda de olanes cortísima. Rubias forzadas con peróxido. Casi cholas. «Yo no bailo, si quieres vamos al cuarto. Por veinte pesos más me quito todo». Para todos hay. Cuerpos amorfos en traje de camiseta decorados por ellas mismas con Pait Writers. Risas coloradas en la penumbra enrojecida por el anuncio luminoso del fondo. Una palmera de neón y Acapulco con la P fundida.

La belleza de los borrachos está sobre las mesas. De cuatro en cuatro. No cover. Los precios están bien claros sobre la pared. Por botella, por cerveza y por pieza bailada. «Yo nada más bailo. Tengo mi trabajo, pero no me alcanza y vengo aquí para completar el gasto». Bajo las mesas un collage de chicles espera ser descubierto por los amantes de la plástica. El mingitorio huele a naftalina y a hojas quemadas. Incienso que reseca la boca. Mota bendita. La soda huele a billete nuevo.

Lamidito de pelo. Zapato blanco y pantalón igual. Chaleco de seda azul y camisa celeste. Sesenta años se cuelgan de una gorda frondosa que le brinda sus pechos de almohada al canto de Julio Jaramillo. Vaquero de botas a sombrero hunde sus piernas de Pepeco entre los muslos de la mejor de la noche. La radiola tiene su turno en los intermedios de la música viva. Nunca hay silencio. «Si pagas hago de todo. Por salir es otra feria». No has restricción en la entrada salvo para los menores de edad. Y aún así se cuelan. Fiesta de todos los días. Hostilidad y refugio sin distinción de rango o de clase. *Magic dance* tras una puerta de acero. Túnel de muslos y pechos succulentos te dan la bienvenida. Después la luz, la música y las mujeres te hechizan.

Perdón, estoy hablando en presente y es un error. El Acapulco pasó a mejor vida. Después de salvarse tantas veces del acoso de la moralidad y del soborno para evitar ser clausurado. La modernidad, que es la madre de los cambios, lo ha borrado del mapa. Ni su espíritu de fiesta rondará en el barrio del Nacional.

De esos lugares no se acostumbra rescatar nunca nada. Aunque muchos hayamos estado allí disfrutando de las juergas instintivas. ¿Quién hará un homenaje a su memoria? ¿Los historiadores, los cronistas, los sociólogos? No. No hay quién le haga un museo a las blandeces de la carne, a la bohemia, al placer. Sería tanto como abrir las puertas de nuestra conciencia. Como dejas escapar los sigilos de nuestras fantasías.

Ahora la línea dos del Metro pasa murmurante bajo la ciudad. Al salir del túnel, nos deslumbra el sol como tantas veces nos deslumbró el amanecer de la calle Reforma con sus puestos llenos de fayuca. La Victoria con sus frutas frescas dejó de aliviarnos la resaca. Las habitaciones del América son escombros rellenando terrenos baldíos y ahí están sepultadas nuestras vanidades de habernos acostado con tres del Acapulco al mismo tiempo. Ni rastros quedan de sus riñas. Las modas en los pasos de baile se dan ahora en otros centros. A padrotear a otro lado. No habrá quien promueva una placa conmemorativa en su honor. Sus mujeres están dispersas por todos los rumbos de la ciudad y sus clientes también.

Cultura en La Risca

Culturas Populares se aventó el proyecto de promover actividades culturales en la colonia Alfonso Reyes, mejor conocida como La Risca. Románticamente nos integramos en equipo. Días antes tanteamos el terreno. Había que probar la encuesta elaborada por Rebeca. Gregorio, César, Ángel y yo nos lanzamos a la colonia para aplicarla. Dos cosas me aterran: que no prenda el taller literario y el miedo a una madriza. Subimos en el Vocho de César, un escarabajo colorado que hizo el esfuerzo y por fin logró subir. Lo dejamos frente a la casa de doña Licha, una mujerona de carnes gruesas, chamorro duro y nalga ancha. Con ella estaba seguro. Todos los vecinos respetan su voz mandona que le sale como eructo de su lechudo pecho.

Nos dispersamos. César ganchó al primer chavo que se encontró en una esquina y lo arrinconó para encuestarlo. Gregorio, Ángel y yo seguimos derecho. Una cuadra más adelante nos reconocieron unos chamacos que jugaban futbol y preguntaron cuándo iríamos con la pintura para el concurso al que los habíamos invitado. Se apuntó uno que quiere hacer un mural chido. Ahí se quedó Angel para hacer su trabajo, rodeado de futbolistas prendidos. Antes, tuvo que demostrarles que sabía jugar y les disparó un centro y el enjambre se lanzó a rematar. Le aplaudieron.

Gregorio y yo bajamos a una de las primeras calles de la colonia. En la esquina donde estuvimos la primera vez cotorreando con un puñado de drogós buena onda a los que les platicamos en lo que andábamos. Parece que están más prendidos con la idea de los murales. Ya tienen dispuestas las paredes y hasta los dibujos que harán. También les entusiasma la música. Colombiana, por supuesto. Traigan instrumentos y van a ver cómo se arma, dicen. A mí me regalaron un acordeón en un jale y se la pasé a un morro de por aquí. Pero ya lo trae todo chimuelo, con dos o tres botones. La onda es que traigan maestros bien acá que sí se la rifen. Pero vengan. Todos se van allá arriba y aquí ni nos pelan. Si vienen del PRI van pa arriba. Que del INJUDE y pa allá. Con decirles que nosotros fuimos los últimos a lo que les pavimentaron. Esas son sus quejas. Por fin Gregorio se anima y suelta la encuesta. Precauidamente se negaron de primera intención. Yo también saqué mis hojas y un chavo se animó a contestar mis preguntas. Luego todos querían anotarse para ser encuestados.

Ya oscuro vino César y subimos a buscar a Ángel. Un carro de chopos alegraba el barrio, el centro de La Risca. Más allá, la luna despeñaba su luz sobre el enorme promontorio que le da nombre a la colonia. Unas escaleras estrechas y empinadas causaron estragos en nuestra condición física. Sentí la humedad de la piedra viva y el suave aroma a hierba quemada. En los descansos había grupos de hombres fumando mota y

algunas parejas aprovechaban la oscuridad para arrejuntarse mejor. No manosee el mandado, dijo una voz incógnita.

Angel estaba encaramado sobre una placa de cemento entrevistando a tres muchachos que se divertían y albureaban con las preguntas. Luego se fue a jugar con ellos en las mesas de futbolito. Por poco olvida las encuestas. El resto descansamos mirando el tendido luminoso de la ciudad. El estadio Monterrey, el iluminado nacionalista del puente del Papa. El Metro arrastrando su luz y el vértigo de los carros nadando a las orillas del Santa Catarina. Antes de bajar al carro les dije: qué chingona vista tienen estos cabrones. Todos coincidimos.

Volvimos con doña Licha y nos despedimos de ella y del güerquerío bullista. Un hombre panzón se acercó hasta el carro con una caguama y nos invitó a Tamaulipas. Saldría por la madrugada a pescar pájaros. Para que vean lo que es bueno. Regresamos al centro de Monterrey y nos encontramos con la fiesta de los panistas celebrando el triunfo de Chuy... uy, uy, uy. Desde ahora tenemos, por primera vez, alcalde panista. Como dice la raza de La Risca: ¡Qué hueva!

El hombre lobo

Perfecto viste con mucha pulcritud. Zapatos o botas, según la ocasión, lucen impecables. Camisa y pantalón son en mi amigo la combinación perfecta. Tiene un cinto para cada vestuario que usa. No es muy dado a los excesos gastronómicos, por lo tanto no es gordo. Más bien alto y con una pancilla tan propia de los cuarentones. Su barba y bigotes recortados esconden la huella de una adolescencia más turbada y frenética que el estándar común. Sus dientes múltiples son el destello de la malicia en su sonrisa. De pelo entrecano. Perfecto oculta la verdad de sus ojos en unos enormes lentes de carey.

Mi amigo es fino como pocos. Vive en la colonia La Luz. Como maestro de torno en una escuela técnica fue sumamente

recto. Lo suficiente para que los alumnos acabaran bautizándolo como El Lobo. Con el tiempo lo ascendieron a coordinador técnico. En su puesto administrativo se volvió más fiera que nadie con el personal. Ante la persecución, sus propios compañeros hicieron alianza con los estudiantes y el mote fue más sofisticado: Wolfman. «Hacer caso omiso» en su frase preferida y la aplicaba omitiendo las bullas de que era objeto.

Estas características resultan imprescindibles destacar para imaginar al personaje de la anécdota que pretendo contar. Lobo tiene coche y su cartera siempre está repleta de billetes y de tarjetas de crédito. No porque su salario sea muy sustancioso ¿cuánto puede ganar un profe federal? Lo que pasa es que es un buscador, un luchista. Y para mejorar sus ingresos, en ocasiones se va de fotógrafo profesional a los eventos sociales. Porta su credencial de la Asociación de Fotógrafos adheridos a la CTM y por supuesto al PRI. Los sábados y domingos se le ve en iglesias y salones de baile retratando quinceañeras y novios engalanados. Pero su fuerte principal es un negocio de hamburguesas y tacos que logró acreditar en una esquina de la Colonia Tacubaya. De ahí que mi amigo sea de una alta solvencia moral y sobre todo económica al que yo no dudaría nunca en recomendar. Después de todo no cualquiera tiene un amigo lobo y con dinero.

Agosto en Monterrey es un mes de un sol poco amable. Se puede guisar un huevo en la banqueta. Terrible para quien se atreve a salir a media tarde. La piel parece filtro eliminando sudor. Ningún líquido es capaz de aniquilar la resequedad de la garganta. Bueno, la cerveza sí. Pero todavía no se autoriza su consumo en la vía pública. Perfecto se vio obligado, con todo y barbas, a vagar bajo el ardor solar de estos días. Se descompuso su carro. Un taxi significaría una erogación innecesaria en esta tenebrosa ciudad donde abundan los camiones. Perfecto sediento caminó hasta la parada de Margarita Maza y Avenida Azteca. Extendió su brazo y el camión pasó de largo. Ni modo, pensó. Un agente de tránsito escondido bajo la enju-

ta sombra del semáforo pitó. Exceso de velocidad. El auto se detuvo. Acomodándose la cachucha fue a infraccionarlo. El conductor saludó con una sonrisa. También sonrió el agente y se guardó el saludo enrollado. Perfecto observó todo mientras hacía de nuevo la parada al siguiente camión. Tampoco hizo alto. El tercero se ganó una mentada con el velludo brazo de mi amigo.

El agente vuelve a hacer uso de su silbato. Una camioneta gris se voló el ámbar. Con la espalda sudorosa el tránsito cumplió con su deber. Solución inmediata. Sonrisa. Saludo. Bolsillo. Verdadero ejemplo de simplificación administrativa. La omisión del chofer del cuarto camión encrespó los pelos de Perfecto. Ensopado en sudor y con la boca espumosa aulló frente a la cara del agente.

—¡Oye, párame un camión de la ruta esa, eh!

—¡Hachis hachis! ¿yo por qué?— dijo el agente mirándolo con la fiereza de perro policía.

—¡Porque hace mucho calor y ni un mendigo camión de esos se ha querido parar! —manoteaba Perfecto con ademanes licántropos y alzando la voz.

—Pues muy tu rollo, yo no estoy aquí para esas cosas.

—¡Ah no! Pero si estás para chingar a los automovilistas. Crees que no te he estado viendo como te los transeas...

No dijo más. El tránsito silbó al tiempo que levantaba la mano. Los de la veintiocho diecinueve de Seguridad Pública que pasaban casualmente se detuvieron intempestivos y fueron hasta Wolfman que ya tenía al agente del pescuezo en un amarré canino por demás parejo. Se lo llevaron. Acusación: faltas a la autoridad.